

En *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires (Argentina): Miño y Davila.

Juventudes Fuera de Foco. (Des)Vinculaciones en torno al desarrollo de un programa para la Inclusión.

Lic. Raffo, María Laura, Lic. Salvia Ardanaz,
Victoria y Lic. Quartulli, Diego.

Cita:

Lic. Raffo, María Laura, Lic. Salvia Ardanaz, Victoria y Lic. Quartulli, Diego (2008). *Juventudes Fuera de Foco. (Des)Vinculaciones en torno al desarrollo de un programa para la Inclusión. En Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina. Buenos Aires (Argentina): Miño y Davila.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/diego.quartulli/21>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfdZ/aqf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

JUVENTUDES FUERA DE FOCO.

(DES)VINCULACIONES EN TORNO AL DESARROLLO DE UN PROGRAMA PARA LA INCLUSIÓN

*María Laura Raffo
Victoria Salvia Ardanaz
Diego Quartulli*

Resumen

Este trabajo se propone desarrollar un estudio sobre las representaciones y trayectorias de un grupo de jóvenes en situación de desempleo estructural, residentes en barrios segregados del conurbano bonaerense, que ha sido caracterizado como población objetivo de una política focalizada: el Incluir.

Partimos de considerar las condiciones de vulnerabilidad en las que se inscriben estos jóvenes, analizando como estas debilitan los procesos de integración social al obstaculizar el acceso a los mecanismos que históricamente aseguraban proceso inclusivos: la educación y el trabajo. Analizamos también, la relevancia de la perspectiva de género, de la división de roles familiares y el análisis de la segregación territorial para comprender algunas caracterizaciones de este segmento diferenciado por un recorte de edad y de clase.

En el proceso, pretendemos analizar la interacción de los jóvenes con el programa y captar que vinculaciones y desconexiones se dan en ese proceso de ejecución de la política.

Introducción

El presente trabajo aborda las representaciones y trayectorias de un grupo de jóvenes en situación de desempleo estructural, miembros de núcleos familiares vulnerables, residentes en barrios segregados del Conurbano Bonaerense. Estos jóvenes presentan la particularidad de haber sido caracterizados como población objetivo de una política focalizada: el Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil- Programa Incluir (2005).¹ Desde este recorte particular, pretendemos dar cuenta de la problemática que atañe a este grupo específico, al tiempo que se intenta profundizar en el complejo proceso social de constitución de la juventud como un objeto de interés público, institucional y en particular político y académico.

Los jóvenes enfrentan en la actualidad una particular coyuntura, en la que el sistema político-económico no parece ofrecer espacios de inserción social para ellos, y los enfrenta a un horizonte de desempleo y precariedad laboral, así como también de deficiencias educativas e incompatibilidad entre su formación y los reclamos del mercado laboral. El pasaje hacia la adultez, definido histórica y culturalmente como un proceso de cambio complejo, se hace aun más dificultoso debido a las actuales restricciones en las posibilidades de inserción plena de la juventud en el mercado de empleo remunerado, constituyendo una de las problemáticas más relevantes que afectan a este grupo de edad en la actualidad.

Desde hace más de dos décadas, estos sectores sociales considerados más vulnerables, han sido objeto de políticas sociales que intervienen en su situación aplicando criterios de selección “focalizados” en determinados atributos. En el caso estudiado, el Programa Incluir parte de considerar al segmento juvenil, como aquel en el que la crisis económico social de la última década ha tenido mayor impacto y se plantea como objetivo general promover la inclusión social de estos jóvenes, en un marco conceptual que entiende a las dificultades de inserción en el mercado de trabajo (desocupación e inserción precaria) y al abandono

¹ El Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil - Programa Incluir (2004), desarrollado por el Ministerio de Desarrollo Social, y determina de como beneficiarios de su accionar, a aquellos “jóvenes entre 18 y 25 años de edad, desocupados o subocupados, en situación de pobreza, con bajo nivel de escolaridad y/o baja calificación laboral”, partiendo de considerar que es este segmento juvenil, aquel en el que la crisis económico social de la última década ha tenido mayor impacto. El Programa se estructura en tres líneas de intervención: desarrollo de capacidades productivas, participación socio comunitaria de los jóvenes, y fortalecimiento institucional. El presente trabajo focaliza sobre la implementación de la primera de estas líneas, en su componente “capacitación en oficios”, la cual busca proveer los conocimientos, destrezas y habilidades para el desempeño de una ocupación laboral, privilegiando modalidades de capacitación orientadas al aprendizaje de oficios.

temprano del sistema educativo formal como claves que definen la vulnerabilidad y la exclusión social.²

Posicionados desde una perspectiva que considera a la juventud como una construcción determinada social e históricamente³, intentaremos reconstruir y significar las condiciones de vida de este grupo de jóvenes y nos guiamos por las siguientes preguntas: ¿Quiénes son estos jóvenes? ¿Cuáles son sus trayectorias? ¿Cómo representan sus vidas y su lugar en el espacio social? Y además, ¿qué vinculaciones y brechas existen entre sus situaciones de vida y el modo en que la representan? Y ¿de qué modo se establece el contacto y la desconexión con aquellas políticas sociales que pretenden generar cambios en sus condiciones de desigualdad? En definitiva, ¿cuáles son las condiciones objetivas y subjetivas que los acercan o los alejan de las políticas, programas y acciones de carácter público que pretenden favorecer su inclusión social a través de mejorar su capital humano y capacidades de inserción laboral y/o comunitaria?

Intentaremos responder a estas preguntas a través de una estrategia de indagación de tipo cualitativa basada en un estudio de caso de un grupo de jóvenes, hombres y mujeres de entre 18 y 25 años que residen en los barrios Los Álamos (LA) y San José (SJ)⁴, durante la implementación del Programa Incluir en el año 2005 y luego de su finalización. En este marco y a partir de la aplicación de la técnica de grupos focales⁵ y de entrevistas semi-estructuradas en profundidad se buscó un acercamiento primario sobre las representaciones, expectativas y

2 El Programa se estructura en tres líneas de intervención: desarrollo de capacidades productivas, participación socio comunitaria de los jóvenes, y fortalecimiento institucional. El presente trabajo focaliza sobre la implementación de la primera de estas líneas, en su componente “capacitación en oficios”, la cual busca proveer los conocimientos, destrezas y habilidades para el desempeño de una ocupación laboral, privilegiando modalidades de capacitación orientadas al aprendizaje de oficios.

3 “La "juventud" es una pre-noción, un objeto preconstruido. Producido como categoría de sentido común de percepción de la sociedad a partir de unas dinámicas socio-históricas, sólo el "olvido" de la estructuración de la sociedad en clases sociales puede permitir constituir un abanico de edades como "grupo social", como actante de un relato sobre la sociedad que ignoraría las diferentes condiciones materiales y sociales de existencia asociadas a las diferentes posiciones en la estructura social: en las relaciones de producción y en la distribución de las diferentes especies de capital” (Martín Criado, 2000).

⁴ Para resguardar la confidencialidad, se utilizaron nombres ficticios, que no corresponden con los originales de los barrios estudiados.

⁵ Cada grupo focal se desarrolló teniendo un coordinador promotor y moderador de los debates y dos investigadores asistentes como observadores de la dinámica grupal. Todas las sesiones fueron grabadas y luego desgrabadas, elaborándose a partir de esta información y de las notas tomadas por los investigadores asistentes en cada reunión, grillas temáticas y un informe por cada grupo realizado. El presente trabajo surge de un análisis comparativo y transversal de la información primaria y de los diferentes informes particulares. (Sautu, 2003; Kornblit, 2004; Petracci, 2004)

actitudes de los jóvenes. Para ello se reunió a diferentes grupos de jóvenes⁶, en un ámbito controlado, estimulando -a través de diferentes técnicas- la reflexión y el debate colectivo alrededor de diversos temas, entre ellos, las experiencias vividas de inserción / exclusión educativa, social y laboral, el papel de las políticas públicas y/o del Estado, y las expectativas de progreso, proyectos personales y futuro imaginado.

Este abordaje metodológico nos ha permitido, a través de la construcción de una tipología conformada por cinco trayectorias típicas, sistematizar los hallazgos, identificando tanto las características comunes como las diferencias existentes dentro de un universo juvenil aparentemente homogéneo. De esta forma, se ha pretendido discernir cuáles fueron las diferentes modalidades que asumió el proceso de transición juvenil en función de los grados de integración social plena. Asimismo hemos evidenciado que las especificidades adoptadas por cada una de las trayectorias típicas presentan diversas (des)vinculaciones con el Programa Incluir, que van desde un leve impacto positivo sobre sus vidas hasta la no convocatoria.

Juventud (es): itinerario(s) de transición, hacia qué?

Podríamos pensar en primera instancia cuán acertada resulta una definición de la juventud⁷, que la concibe desde una supuesta nominalidad neutral y la asocia meramente a la pertenencia a una determinada franja etaria. ¿Cuáles son las características “comunes” de la “juventud”, para hacer que puedan ser ubicados y nombrados como parte de un mismo colectivo? ¿Puede una definición de este tipo, dar cuenta de las distinciones que al interior de este grupo imprimen las caracterizaciones de género y las particulares condiciones de existencia? ¿Cómo dar cuenta de que ella encierra distintas maneras de vivirla, diferentes biografías que a veces poco tienen en común?

⁶ Los jóvenes objeto de estudio se seleccionaron en función de tres criterios considerados teórica y metodológicamente relevantes: a) condición de género (varones y mujeres); b) responsabilidad familiar (tenencia o no de hijos); y c) relación con el programa Incluir (inscripción o no al programa, finalización o no de los cursos; y jóvenes que siendo población objetivo no accedieron al programa).

⁷ Sobre los problemas de la noción de juventud, véase el artículo de Pierre Bourdieu “La juventud no es más que una palabra”, también en Sociología y cultura. Este autor procura mostrar que el hecho de hablar de los jóvenes como si fuesen una unidad social con intereses comunes constituye en sí mismo una manipulación: a sus ojos, sólo a través de un abuso tremendo del lenguaje pueden colocarse bajo un mismo concepto universos sociales que no tiene nada en común. (Bourdieu, 1990)

En ese sentido, la juventud como transición hacia la vida adulta (dejar la escuela, comenzar a trabajar, abandonar el hogar de la familia de origen, casarse, formar un nuevo hogar, etc.), remite a un tiempo de ensayo y error, a un período de moratoria social, determinado histórica y socialmente⁸. En este trabajo se evidenciará que la pertenencia a un determinado grupo de edad no es la variable definitoria para comprender el desarrollo de la transición juvenil, en tanto ésta es experimentada en diferentes grupos de edad según la clase social. De esta forma, lo que define no es la pertenencia a un grupo de edad -este no es representativo de todas las transiciones posibles - sino que el pasaje se dará de modo diferente según el estrato social del cual estemos hablando. (Martín Criado, 1998).

Entonces, es necesario poner de manifiesto, los aspectos relativos a las desigualdades sociales que están implícitos en la noción de “moratoria”. Los jóvenes de sectores medios y altos tienen, generalmente, oportunidades de estudiar, de postergar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta: se casan y tienen hijos más tardíamente, gozan de un período de menor exigencia. Por el contrario, los integrantes de los sectores populares poseen acotadas sus posibilidades de vivir la moratoria social por la que se define la condición de juventud: deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo –a trabajos más duros y menos atractivos-; suelen contraer a menor edad obligaciones familiares (casamiento o unión temprana, consolidada por los hijos); carecen del tiempo y del dinero para vivir un período más o menos prolongado con relativa despreocupación y ligereza⁹.

En este sentido, considerar la dimensión etaria como dato explicativo único de percepciones y prácticas regulares termina funcionando en los procesos de investigación sobre el tema como un obstáculo epistemológico que impide comprender la influencia de otros factores, como la clase, el género¹⁰ y la pertenencia cultural. Ahondar en esas distancias sociales que existen

⁸ “La estructuración en clases de edad difiere enormemente de unas sociedades a otras. Así, en la Europa pre-industrial, la conformación era muy distinta a la que conocemos en la actualidad: no existía la fase que ahora se denomina “adolescencia”; la infancia no estaba separada del mundo adulto (...) y terminaba a los 7-8 años; la variación en la construcción de las categorías de “infancia” y “juventud” era enorme de unas regiones a otras –al estar poco extendido el sistema escolar, no se había producido aún una homogeneización institucional de las clases de edad- , la categoría de “joven” podía abarcar desde los 6 hasta los 40-50 años.” (Martín Criado, 2000)

⁹ Estas observaciones conciben con los datos presentados en el artículo de Salvia, van Raap, Tinobora y Bonfiglio “Educación y trabajo: un estudio sobre las oportunidades de inclusión de los jóvenes tras cuatro años de recuperación económica” en este mismo libro, donde se destaca que el ingreso al mercado laboral de los jóvenes es temprano en los sectores pobres y más tardío en los sectores medios y medios altos.

¹⁰ Otra dimensión a tener en cuenta es que la juventud depende también del género, es decir, la condición de juventud se ofrece de manera diferente al varón o a la mujer. Ser mujer-joven-madre en un contexto social de pobreza aguda lleva a la pregunta sobre su condición juvenil. En este sentido, resulta importante comprender el significado del concepto de juventud en tanto que éste trae aparejada una situación de discriminación en la que no se tiene en cuenta la dimensión del género, o más bien se considera como único punto de referencia la experiencia de los jóvenes varones. En el marco de esta investigación se pudo observar cómo una misma etapa

entre los distintos tipos de jóvenes –y las prácticas y percepciones que los diferencian y los separan- permite superar la consideración de una juventud homogénea, tendiente a identificar a todos los jóvenes con algunos de ellos. Desde esta perspectiva, no habría “una juventud” sino “juventudes” distintas (véase Braslavsky, 1986b; Margulis, 1996; Martín Criado, 2005).

Las modalidades que asumen los diversos itinerarios juveniles¹¹ se evidencian en el uso del tiempo libre, en la incorporación al mercado laboral, en la educación y en la conformación de las relaciones familiares, en contextos geográficos y locales determinados.

Trayectorias juveniles: un entramado de dimensiones en juego.

El proceso de socialización, que se extiende a lo largo de toda la vida, adquiere en la etapa de juventud una destacada centralidad en la definición de un proyecto de vida y de una identidad social. El modo en que los jóvenes van desarrollando sus trayectorias de vinculación socio institucional con la familia, el espacio socio barrial, la escuela y el mercado de trabajo va definiendo un cuadro de potencialidades y limitaciones para su desarrollo como sujeto social.

Los jóvenes más desfavorecidos, pertenecientes a núcleos familiares vulnerables, habitantes de barrios segregados, con acceso restringido y deteriorado a la educación y con pocas posibilidades de acceso al mercado de trabajo, no son los únicos afectados por potencialidades y limitaciones en el desarrollo del proceso de inclusión en la vida adulta, pero es su situación la que pone en cuestión de modo mucho más agudo las tendencias a la integración/exclusión social de nuestra sociedad.¹²

vital es vivenciada diferencialmente por los jóvenes varones y por las mujeres, visibilizando las implicancias que asumió esta dimensión en la conformación de las trayectorias laborales, educativas y familiares y en los tránsitos territoriales.

¹¹ En sectores más pobres se comienza a trabajar más temprano, en trabajos manuales o de poca especialización. También suele ser más temprana la constitución de la propia familia y la reproducción de la misma. Las etapas de crisis económicas y la creciente desocupación introducen variantes en esta característica propia de las clases populares: los jóvenes no estudian, buscan participar prontamente en la actividad económica, pero muchos no consiguen empleo. En consecuencia, el desempleo tiende a expandir el período de transición de la juventud. La vida adulta se aleja, con la moratoria más prolongada, también para los sectores populares. Avanzando en lo que podríamos denominar “ocio forzado”, que no se relaciona con los individuos que poseen tiempo libre, que disfrutaban del ocio y de una moratoria social, que les permite vivir sin angustias ni responsabilidades. Sino un tiempo asociado a la frustración e impotencia relacionado con el paro forzoso.

¹² El concepto de exclusión no es un concepto absoluto sino relativo. Por una parte, constituye la contrapartida de la inclusión, es decir, se está excluido de algo cuya “posesión” implica un sentido de inclusión. Este algo puede significar una enorme diversidad de situaciones o posesiones materiales y no materiales como trabajo, familia, educación, vivienda, afecto, etc., que varían en el tiempo y en el espacio. No se trata de un concepto dicotómico que divide a los individuos o grupos en dos; existe una serie de situaciones intermedias entre ambos estados.

Este marco analítico busca explicitar una visión dinámica de procesos que pueden tender a la exclusión, eliminando la idea de situaciones dicotómicas y estancas. Desde esta perspectiva, es posible incorporar la heterogeneidad de formas de vulnerabilidad y remitir al complejo entramado de mecanismos en los que se sustentan los procesos de exclusión de estos jóvenes, entre los que sobresalen aquellos vinculados al género y la pertenencia de clase. En este trabajo partimos de una conceptualización que define a la exclusión como un fenómeno relacional, que nos permite evidenciar distintos tipos de exclusiones¹³ que pueden interactuar entre ellas, reforzando dinámicas excluyentes.

En el detallado análisis de las trayectorias de estos jóvenes que se desarrollará en este capítulo, analizaremos la diversidad de situaciones de vida, considerando el modo en que la dinámica de la segregación residencial actúa conjugándose –y potenciándose- con los efectos de la inestabilidad y la vulnerabilidad del mercado de trabajo, la segmentación del sistema educativo y la organización familiar de un hogar pobre.

El espacio socio barrial adquiere centralidad como espacio que media las interacciones con los demás y que constituye el entorno material inmediato en el que tienen lugar las prácticas, condicionando fuertemente la vida de estos jóvenes. En estos barrios, la cotidianeidad se desarrolla en escenarios de interacción que pueden agruparse en dos grandes esferas: por un lado, el del barrio y la calle y por otro lado, el de la vida doméstica y familiar. Esta clasificación permite reconocer espacios en los que se realizan diferentes prácticas pero que están vinculados. El mundo familiar se constituye en función de sus interrelaciones con las demás instituciones sociales; nunca fue ni podrá ser un espacio ajeno o aislado respecto de las determinaciones sociales más amplias; la familia y la domesticidad no constituyen un mundo “privado”, una unidad aislada del mundo social. En este sentido, cuando estas diversas esferas se tratan conjuntamente, es decir, en sus relaciones recíprocas, lo que se plantea ya no es la determinación de una esfera sobre la otra sino las modalidades de articulación entre el trabajo económico y el no económico, las relaciones de género en el mundo del trabajo y en el mundo de la familia. (Jelín, 1998; Wainerman, 2005; Oliveira y Ariza, 2002, Cerrutti, 2003)

¹³ La combinación de distintos procesos de exclusión expresan –y son expresión- de las relaciones de poder y las desiguales posiciones sociales de distintos actores asociados a un determinado espacio. En cuanto mecanismo de exclusión, la clase se relaciona compleja y contradictoriamente con otros ejes de inequidad como el género, dando lugar a un mosaico de situaciones con diversos grados de desigualdad. Las formas de exclusión se relacionan entre sí y suelen potenciarse unas a otras.

Hemos considerado indispensable tener en cuenta las implicancias de género vinculadas con la división de roles y responsabilidades intrafamiliares que, muestran gran relevancia para dar cuenta de las especificidades y problemáticas particulares al interior de la categoría “jóvenes”. La vida laboral y educativa solo cobra sentido si se la analiza en relación con la familiar, como pertenecientes a una misma lógica que atribuye su lugar específico tanto al hombre como a la mujer. La distribución de roles y responsabilidades entre hombres y mujeres en la familia y fuera de ella, ilustran el modo en que en las relaciones entre familia, educación y trabajo se encuentran interrelacionadas por el género¹⁴.

Esta compleja trama de condicionantes territoriales, familiares, educativos y laborales, en el caso de los jóvenes estudiados, dificulta claramente la inclusión social de los mismos. Ante la crisis de instituciones tradicionales de socialización como la escuela y el trabajo, muchos de estos jóvenes difícilmente encuentran otros espacios de inserción social. Considerar la relevancia de los contextos geográficos, locales y familiares, nos permite dar cuenta de la heterogeneidad de situaciones sociales que caracterizan a los jóvenes pobres y evidencia su dificultad para traspasar las fronteras de los ámbitos de exclusión donde ellos transcurren sus vidas.

Los jóvenes y el espacio socio barrial

Para dar cuenta de los cursos de vida de los y las jóvenes de LA y SJ debemos adentrarnos en la caracterización del espacio barrial en que ellos habitan, que cobra gran importancia a la hora de comprender las condiciones y las perspectivas de vida de estos grupos.

El espacio público en el que se mueven estos jóvenes está marcado por la concentración territorial de desventajas sociales, es decir, se encuentra inmerso en un acuciante proceso de segregación urbana. El Municipio se caracteriza por lo marcado de las desigualdades socioeconómicas y en su interior LA y SJ son pequeñas islas territoriales con marcada concentración poblacional y altos índices de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Estos espacios concentrados, se localizan en medio de zonas de alto y medio poder adquisitivo, por lo que los límites y desigualdades se destacan con especial intensidad, generando lo que

¹⁴ Consideramos que los discursos y prácticas, que estatuyen el ser hombre y el ser mujer, actúan generando mayores desigualdades en el acceso a determinados bienes materiales, sociales y culturales.

Saraví llama “murallas sociales” que facilitan la reproducción de condiciones de vida, relaciones sociales y experiencias que refuerzan procesos de exclusión (Saraví, 2004).

Los jóvenes viven el espacio público, como arena de conflicto y de imposición de restricciones, aunque el modo en que estas limitaciones y conflictos se hacen presentes no es igual para todos, estableciéndose una diferencia primordial entre lo que ocurre con hombres y mujeres.

Los hombres jóvenes se apropian del espacio público, viven fundamentalmente en la calle¹⁵. Utilizan allí normas de convivencia propias y desarrollan prácticas sociales distintivas, donde los límites y reglas sociales son laxos y se redefinen y articulan en función de lógicas de reciprocidad y convivencia entre pares. El barrio es para ellos “su” porción del espacio público, que parece ir definiéndose “un espacio privado particularizado debido a su uso práctico cotidiano”. (Saraví, 2004).

El resto del barrio entiende esa ocupación como una privación del espacio público, como un acrecentamiento de la sensación de inseguridad. Los barrios de LA y SJ son percibidos desde el exterior como cuna de delincuentes, lo que constituye un fuerte estigma que carga la comunidad completa. Sin embargo, al interior de los barrios este estigma se reproduce y se deposita de manera preferencial entre los “vagos”, jóvenes mayoritariamente varones, cuya presencia constante en la calle solo magnifica la percepción de inseguridad.

Paradójicamente, la sociabilidad e incluso la movilidad de estos jóvenes encuentran contundentes límites en la “salida del barrio”, lo que tiene preponderante incidencia en sus perspectivas laborales. La cuestión económica establece una primera frontera, ya que alejarse del barrio implica disponer de medios económicos que ellos no tienen o deciden destinar a otras prioridades. La segunda limitación es aquella que impone la mirada de los otros al salir del barrio. Pareciera que la procedencia barrial y la edad funcionan acrecentando las marcas físicas que de por sí genera efectos discriminatorios. El tercer límite se relaciona específicamente con las barreras policiales que circunscriben al barrio y a la Capital Federal limitando de este modo una libre circulación con el exterior.

Entonces, el espacio público es de uso limitado para los jóvenes de barrios segregados, pero si además se es mujer, la restricción es más marcada. Una subjetividad que se modela en torno al rol materno tradicional, define al mismo tiempo al hogar como el espacio cotidiano

¹⁵ Diversos autores nacionales e internacionales han destacado la importancia de “la calle” en las vidas de los jóvenes de clases populares. Véase Auyero, 1993; Wacquant, 2001; Saraví, 2004.

preponderante. El entorno barrial les es familiar, pero al mismo tiempo peligroso. En su discurso, los jóvenes varones que no estudian ni trabajan, representan esa “*juventud perdida*” que imprime inseguridad a la circulación por el barrio.¹⁶

El barrio como espacio público más cercano y primer vínculo tras la apertura del mundo privado, es para ellas un espacio primordialmente de tránsito y localización, un territorio hostil y poco frecuentado como espacio de interacción social. Las relaciones con vecinos, amigos o familiares se desarrollan fundamentalmente dentro del hogar.

Las restricciones son aun más potentes cuando se trata de trascender la frontera barrial. En particular las mujeres jóvenes sin responsabilidad familiar realizan importantes esfuerzos por obtener empleos por fuera del barrio, sin embargo son pocas las ocasiones en que logran hacerlo exitosamente.

Aquí también se evidencian límites económicos, que se acentúan aun más en las mujeres con responsabilidad familiar. También el estigma barrial que aparecía en los hombres pesa sobre estas jóvenes, por lo que algunas de ellas han cambiado sus domicilios fraudulentamente para evitar ser discriminadas frente a una propuesta laboral.

El desarrollo de la vida en espacios caracterizados socialmente de modo marginal, determinan fuertes desventajas para los sujetos, ya que implica el desarrollo de procesos de aislamiento, fragmentación interna y desarrollo de lazos sociales ineficientes e incluso negativos para lograr un mejor posicionamiento en la sociedad más amplia. Tal como se observa en el caso de las mujeres, el aislamiento en el mundo privado del hogar se establece como un modo de encierro e imposibilita el desarrollo de vínculos sociales que permitan ampliar las estrategias de vida y abrir los horizontes de movilidad territorial, con todas sus implicancias de limitación social, educativa, laboral, etc. Los hombres, por su parte, acceden a un espacio público limitado y a la vez limitante, ya que como destaca Wilson¹⁷, en muchos casos en las vecindades pobres se dan vínculos sociales de gran vitalidad, pero que sin embargo establecen

¹⁶ Las imágenes de estos varones se acercarán a las propuestas desde el debatible supuesto conceptual, que entiende la pobreza como producto de la no inclusión en espacios laborales y educativos, y la asocia sin más a la caída en actividades delictivas. En el documento del Proyecto de Inclusión Juvenil (Programa Incluir), esta asociación se esgrime como uno de los factores tenidos en cuenta para focalizar la intervención en el colectivo de “jóvenes pobres”: “Se constituye entonces un proceso mediante el cual estos jóvenes se ven imposibilitados de trabajar, de estudiar, perdiendo de esta manera sus posibilidades de afiliación social. Esto, a su vez, los lleva a caer en la pobreza, en la delincuencia y en la marginalidad” (Documento de proyecto Programa Incluir; 2005)

¹⁷ W. Wilson (1996), desde una mirada estructuralista, aporta una interesante perspectiva para encarar la problemática de los lazos sociales en las poblaciones pobres. El planteaba que para esos sectores, no es tanto la ausencia de sociabilidad lo que implica un problema, sino el carácter negativo o ineficiente que pueden presentar estos lazos. Este autor define que para pensar la posición de los sujetos en la sociedad más amplia, ciertos tipos de lazos sociales pueden tener efectos negativos.

modelos de rol ineficientes que pueden provocar conductas negativas o imposibilitar conductas que permitan el mejoramiento de las condiciones de vida.

En definitiva, el modo en que los sujetos se muevan y apropien de su entorno marcará diferencias en la sociabilidad extendida que puedan desarrollar, pero no generará cambios significativos en sus posibilidades de romper las desventajas y demarcaciones que actúan como entramado para la exclusión. Sumado a la situación de aislamiento geográfico y de mercado en la que se encuentran, el hecho de tener un número reducido de contactos sociales y de ámbitos de participación, limitan significativamente sus probabilidades de conseguir un empleo, de ampliar sus estrategias de vida y de abrir horizontes de movilidad social.

Los jóvenes y la familia: entre el núcleo de origen y la construcción de un proyecto familiar

A pesar de que el rol de la familia como red de contención y el propio rol de estos jóvenes en su hogar son dimensiones que se definen con bastante heterogeneidad, podemos ver que esas caracterizaciones son de gran relevancia para entender las trayectorias de estos jóvenes.

En primer lugar, podemos destacar que la mayoría de los jóvenes continúan habitando en el hogar parental, lo que les proporciona cierta contención ya que no son ellos quienes tienen la principal responsabilidad de estos hogares. Por otra parte, aquellos que han dejado el núcleo familiar de origen para formar hogares propios, lo han logrado en condiciones aun más precarias que las de sus padres.

Pudimos observar también, que el deterioro de las condiciones de trabajo, el aumento de la vulnerabilidad y la pobreza de los hogares, ha contribuido al debilitamiento de las familias que ya no tienen la capacidad de resolver problemas como la obtención de empleo o el mantenimiento del apoyo para que sus hijos sigan en la escuela. En los relatos de los jóvenes, la familia no aparece como generadora de un capital social abriendo posibilidades y ofreciendo una contención básica, desde la cual tejer los vínculos más significativos. Las posibilidades de brindar un apoyo relevante son pocas, aunque si se tejen ciertas estrategias para resolver necesidades mínimas. De hecho, si el vínculo con el núcleo familiar primario está deteriorado, los jóvenes parecen tener menos posibilidad de proyección y mayor incertidumbre sobre el mañana inmediato. (Wainerman, 2005).

Los jóvenes que han podido desarrollar una nueva familia son una minoría, pero el anhelo de concretarlo es común a todos. En especial en el caso de las mujeres que han sido madres, el

nacimiento de sus hijos es vivido como lo más cercano a poseer una familia propia, aun cuando no puedan dejar la casa de los padres o los suegros. Los hombres ven muy difícil la posibilidad económica de tener y mantener una casa propia, lo que también repercute en una mirada descreída sobre la posibilidad de construir un hogar.

También los roles que los jóvenes asumen al interior de los hogares varían de un caso al otro y, nuevamente, la variable de género es relevante para entender algunas de esas diferencias.

Cuando hablamos de roles familiares nos referimos a las responsabilidades y atribuciones que tiene cada sujeto con respecto a su grupo familiar, ya sea este el de origen o el núcleo propio. Lógicamente, es en los casos en los que se han constituido núcleos familiares propios donde la carga de responsabilidades aparece con más fuerza, pero también aquellos que habitan en su núcleo familiar de origen asumen con mayor o menor intensidad ciertas obligaciones.

Una de las primeras cuestiones que nos interesa destacar es que las jóvenes mujeres, incluso aquellas que no son madres, remarcan que las posibilidades de acceso al mundo laboral dependen de los arreglos familiares que definirán la carga de responsabilidades y tiempo destinados al cuidado de los hijos o hermanos y a la realización de las tareas domésticas. La socialización en los roles de género¹⁸, parece definir que el cuidado del hogar y de los hijos es una cuestión exclusiva de las mujeres; llevando esto a que la vida cotidiana de las mismas se desarrolle primordialmente en el ámbito privado, relegándose su salida al mundo público.

En este sentido, aunque las mujeres ilustran su “voluntad” de trabajar¹⁹, las trayectorias laborales de estas jóvenes se caracterizan tanto por su intermitencia -ya que sólo se incorporan en momentos de extrema necesidad o cuando aparece alguna oportunidad de trabajar- como por el hecho de que las mismas han sido interrumpidas en muchos casos por el nacimiento de sus hijos²⁰ o incluso de sus hermanos.

La tensión entre el cuidado de los hijos y la obtención de sustento es evidente. A eso se suma que los costos monetarios de una búsqueda son considerados demasiado onerosos y

¹⁸ Estas diferencias de género se transmiten y construyen de generación en generación desde la más temprana infancia y pueden apreciarse en las cualidades y los roles que se le atribuyen a las niñas y a los niños. Los relatos dan cuenta que en su infancia, se han tenido que hacer cargo de sus hermanos menores, delegándose la responsabilidad de cuidar a los niños y realizar tareas domésticas en las hijas mujeres.

¹⁹ En correspondencia con esta mirada tradicional sobre las responsabilidades domésticas, para estas mujeres el cuidado de los hijos y de la casa no es percibido, en ningún caso, como un trabajo. Frente al trabajo remunerado, las actividades domésticas son entendidas, incluso por quienes las realizan, como “no hacer nada”. El trabajo doméstico no remunerado no es reconocido como un trabajo y no reviste prestigio social.

²⁰ En su mayoría las jóvenes mujeres consideradas en esta investigación eran madres o estaban embarazadas al momento de la entrevista (11 de las 17 entrevistadas tenían hijos a su cargo).

sopesando costos y beneficios, los miembros de la familia tienden a delegar en ellas el rol de cuidadoras. La falta de estructuras institucionales que colaboren en la realización de estas tareas contribuye a dificultar las salidas alternativas.

Los planes sociales son otra alternativa válida para las mujeres madres, que alivian la problemática cotidiana de la subsistencia, pero no quita el anhelo de una inserción en el mercado laboral, percibido como un modo de realización personal plena.

Esa asistencia constituye a su vez otro componente de la trampa doméstica que impide que la fantasía del trabajo remunerado pueda al menos intentar su concreción, ya que ellas perciben como preferible obtener menos con un plan, pero no verse obligadas a dejar a los hijos.²¹

Es importante destacar que las mujeres que son madres relacionan la juventud con una serie de actitudes, códigos y actividades que no perciben como propios y ponen de manifiesto la percepción de un “antes” y “después” en sus vidas, que significó el nacimiento de sus hijos, suerte de proceso “inercial” devenido sin que mediara una elección consciente previa. Este acontecimiento provocaría el cese repentino del período de moratoria social, ya que ellas perciben que su lugar en el mundo, su rol principal, ha sido fuertemente definido desde el momento del nacimiento del hijo. Ellas no pasan de ser jóvenes a ser adultas, sino más bien de ser hijas a ser madres.

Esta centralidad de la maternidad en la definición de sus vidas como adultas se vincula con la caracterización excluyente de sus perspectivas de vida presente y futura. Son tantos los condicionantes materiales y simbólicos que imposibilitan el desarrollo de una carrera laboral o de un proyecto laboral digno, de un vínculo de pareja estable o la constitución de un hogar autónomo, que el desarrollo del rol de madres pareciera ser el más prestigioso cuando no el único posible²².

En el caso de los hombres jóvenes todo parece desarrollarse de un modo bien distinto. Si tal como venimos diciendo la distribución de roles varón/mujer suele asignar a las mujeres la provisión efectiva de las tareas de cuidado de los hijos y el hogar, como contrapartida, en aquellos varones que asumen las responsabilidades asociadas al rol de padres, las mismas

²¹ Catalina Wainerman afirma que el modelo tradicional de organización familiar se sostiene en las clases bajas como norma canónica, siendo en la mayoría de los casos la necesidad económica la que moviliza a las mujeres al mercado de trabajo. Las obligaciones y derechos que otorga la maternidad son fuertemente remarcadas y se percibe el rol de la “madre presente” como prioritario. (Wainerman, 2005).

²² En los sectores populares el modo de realización de las mujeres pasa casi exclusivamente por su condición de madres potenciales, pues no suele haber en estos sectores otros horizontes de realización. Para las mujeres de sectores medios y altos nuestra época ha abierto otras perspectivas de logro, que pueden considerarse como relativamente alternativas de la maternidad: carreras profesionales, artísticas, intelectuales, etc.

suelen vincularse a la provisión de un ingreso que les permita llevar a cabo la manutención de los hijos. Cabe señalar que esta situación se ve más fielmente reflejada en aquellos hogares biparentales en los que conviven ambos padres, ya que cuando las jóvenes madres no conviven con el padre de sus hijos y lo hacen con otros familiares, esta responsabilidad suele recaer en estos miembros. Sin embargo, no solo aquellos que son padres asumen esta responsabilidad de proveedores económico, ya que también este rol nace en el seno de la familia de origen para luego formalizarse y extenderse si es que se desarrolla un nuevo núcleo familiar.

Más allá de la importancia de la definición del rol de proveedor, es necesario destacar que para los hombres la paternidad no tiene la contundencia definitiva y menos aun constituye una puerta de salida de la etapa juvenil. En primer lugar, porque son pocos los que reconocen haber asumido responsabilidades plenas de convivencia, sustentación y cuidado con respecto a sus hijos. Muy por el contrario, la mayoría solo han reconocido responsabilidades económicas, y de un modo muy limitado dado que no poseen inserciones laborales estables u otros modos de obtener un ingreso con cierta regularidad.

Es evidente que el grado de responsabilidad y compromiso es menor en los hombres jóvenes que en las mujeres, y que para ellos la llegada del hijo no implicó limitar otras actividades sociales o recreativas, o restringir sus tiempos de búsqueda o desempeño laboral o formativo. A diferencia de lo que ocurre en el caso de las mujeres, para los hombres no hay discontinuidad de códigos y rutinas con relación a los hombres que aun no son padres. Sin embargo, la preocupación por el sustento de los hijos aparece marcando una restringida pero arraigada responsabilidad de compartir cualquier ingreso de dinero que pueda existir.

Como se ha mostrado en este apartado, el marco de posibilidades de acción de los jóvenes va variando según cual sea el rol familiar asumido, lo cual, como profundizaremos a continuación presenta efectos sobre el modo en que se dan las vinculaciones con el mundo educativo y laboral que define los procesos de pasaje y moratoria social, propios de la juventud.

Jóvenes y trayectorias educativas. Presente discontinuo e ilusión de futuro.

En este capítulo intentaremos aproximarnos a la comprensión del modo en que estos jóvenes hombres y mujeres, partiendo de su inscripción socio territorial común y con la diversidad de

condiciones familiares antes descritas, han establecido y sostenidos sus vínculos con el mundo educativo y que representa esta inserción en sus vidas.

En este proceso de conocer estos caminos de escolarización, se nos hizo evidente que esta relación con el mundo de la escuela no se ha desarrollado de un modo fluido y sin conflictos y que han sido más las dificultades que los alicientes que encontraron para permanecer dentro del sistema educativo. Por esta razón, buena parte de las trayectorias son fragmentarias, trucas o inconclusas ya que el “desenganche” del sistema escolar formal se ha producido desde edades muy tempranas.

Para ellos la permanencia en el interior del sistema educativo constituye un aspecto crítico y podemos distinguir entre las razones esgrimidas factores externos e internos a la escuela, que estarían asociados al abandono o deserción escolar.

Es muy común que los jóvenes expliquen la deserción por factores externos a lo institucional, particularmente aquellos relacionados con los condicionamientos familiares antes analizados. Pareciera que ellos perciben una gran distancia entre su mundo de vida y la institución escolar. Los juicios que expresan sobre la escuela se encuentran relacionados con: que es aburrida, desconectada de su realidad y escasamente formativa para el mundo del trabajo, en definitiva, revela un sistema escolar que no ofrece respuestas para hacer frente a situaciones ligadas a las necesidades familiares y a la inestabilidad del mundo del trabajo.

Pero, aunque aparece cierta mirada crítica hacia la institución, el reconocimiento de esa desconexión los lleva a la autoculpabilización. Ellos asumen como propia la responsabilidad por el abandono, y se responsabilizan por el desencaje entre sus vidas privadas y el ámbito público escolar.

Para ellos, entonces, la escuela “no tiene toda la culpa” y aunque muchos hayan abandonado esto no implica un descreimiento en los valores de la educación. Es destacable que para todos ellos la educación es un valor particularmente positivo, ya que existe un ideal compartido de que los proyectos se pueden materializar fundamentalmente a través de los estudios. En especial, aquellos vinculados con el logro de mejores posibilidades de inserción laboral.

Consecuentemente, el no tener estudios explica para ellos en buena medida sus dificultades de desarrollo personal e inserción laboral, así como también demarcan un límite para sus posibilidades de desarrollo educativos a futuro.

Se manifiesta una contradicción entre la valoración de la educación como medio para la movilidad y el progreso personal y las evidencias cotidianas que les muestran que los niveles

y calidad de instrucción necesarios para la inserción laboral exitosa no son accesibles para ellos. Como hemos relatado ellos perciben que son muchos los obstáculos para terminar la escuela, pero fundamentalmente, entienden que las constricciones socio-espaciales marcan que el sistema educativo al que ellos pueden acceder es deficiente en cuanto a el otorgamiento de las credenciales y los saberes necesarios para la vida.

Jóvenes y trayectorias laborales. Miradas desde el “afuera”.

Los relatos vinculados con la inserción laboral refieren a un creciente debilitamiento de los vínculos de los y las jóvenes –como hemos dicho, en general poco calificados- con el mercado de trabajo. En el plano laboral, podríamos ubicar sus trayectorias en una gradación que iría desde experiencias laborales formales con cierta estabilidad (lo que solo se ha dado en unos pocos casos y por períodos muy breves), pasando por trabajos intermitentes y hasta el desarrollo de actividades extralegales o incluso ilegales. Las implicancias de una experiencia laboral evanescente, siempre fragmentaria o directamente inexistente, tiene su impacto en los relatos sobre sus itinerarios laborales, proceso que se plasma en la dificultad que tienen la mayoría de ellos para hablar de las actividades que efectivamente realizan o realizaron, como formando parte de una trayectoria.

Esa inestabilidad laboral hace que para ellos sea muy difícil imaginar alguna movilidad ascendente a corto o mediano plazo: el trabajo se transforma en un recurso más de obtención de ingresos entre muchos otros como los planes sociales, las changas, o incluso el robo: es un rebusque guiado por una lógica de provisión.²³

El ingreso al mercado laboral es, en definitiva, una batalla frente a condicionantes y obstáculos. Por esta razón la búsqueda laboral suele no materializarse en acciones sistemáticas y sostenidas en el tiempo, situación que se vincularía con las reiteradas experiencia de fracaso que han atravesado. En relación con la búsqueda de trabajo, lo distintivo no son las estrategias utilizadas, sino los impedimentos con los que suelen encontrarse a la hora de conseguir

²³ Kessler habla de un proceso de pasaje en los jóvenes desde una lógica de trabajador a una lógica de proveedor y marca que la diferencia fundamental entre ambas “está en la fuente de legitimidad de los recursos obtenidos, que, en la lógica del trabajador reside en el origen del dinero; el fruto del trabajo honesto en una ocupación respetable y reconocida socialmente. [...] En la lógica de la provisión, en cambio, la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades.” Esta lógica de provisión implica además una escasa posibilidad de planificación vinculada a bajas expectativas de rendimiento. (Kessler, 2004: 41)

trabajo. Lo que prevalece es la afirmación de un deseo o anhelo frustrado: “yo quiero trabajar, pero...”.

Buena parte de los relatos refieren a una percepción clara de que ellos y ellas no cumplen con los requisitos demandados y valorados por el mercado. Nos cuentan acerca de las dificultades y ponen en evidencia la distancia entre lo que pueden ofrecer y aquello que perciben que el mercado les exige y demanda. Consideran que las remuneraciones son bajas en proporción al trabajo realizado, que es muy escasa la oferta de trabajos que ellos y ellas podrían desempeñar, lo cual además se ve acentuado en el caso de las mujeres, especialmente afectadas por las segmentaciones del mercado.²⁴ También afirman que los requerimientos (“saber computación”, “inglés”) son inalcanzables teniendo en cuenta su nivel de instrucción. La falta de estudios y de experiencia, se combinan en un círculo vicioso irresoluble: sin estudios no se consigue trabajo, sin empleos no se acumula experiencia. Sea cual sea el nivel de experiencia y estudio que posean, ellos aseguran que “siempre habrá alguien que esté esperando más”.

En definitiva, estas trayectorias se alejan de los parámetros de las características del mercado laboral formal y reflejan el debilitamiento de los vínculos de los jóvenes menos calificados con el mercado de empleo y la creciente dificultad para traspasar los límites de las lógicas de proveedor o incluso, de traspasar los límites del propio hogar.

En definitiva, en estas trayectorias se hace evidente el resquebrajamiento de los mecanismos que tradicionalmente posibilitaban el pasaje entre el mundo educativo y el laboral; y no parecieran haberse generado demasiadas alternativas que permitan establecer el proceso de pasaje y consolidación hacia la vida adulta plena.

Cinco trayectorias típicas

En la búsqueda de sintetizar analíticamente la compleja caracterización juvenil que hasta aquí hemos presentado, hemos definido a estos jóvenes a partir de la construcción de una tipología de cinco trayectorias típicas. Partiendo de una afinidad etaria, a la que se adiciona la inserción

²⁴ En palabras de Jelin, “Desde la perspectiva de la oferta de empleo persiste una fuerte segmentación ocupacional entre géneros. Mientras que los hombres participan en todo tipo de sectores económicos, las mujeres urbanas se concentran en los servicios y el comercio, y dentro de ellos desempeñan tareas “típicamente femeninas”, es decir, aquellas definidas socialmente como extensión de las propias de la labor doméstica: para las mujeres populares, servicio doméstico en otras casas, limpieza y lavado/planchado de ropa, costura, cuidado de niños, ancianos y enfermos; para las mujeres más educadas de sectores medios, enfermería, secretariado, docencia.” (Jelin, 1998: 48)

en hogares socioeconómicamente vulnerables y la pertenencia a un espacio territorial segregado, analizamos los rasgos que establecen diferenciaciones entre estos jóvenes en sus potencialidades y dificultades para insertarse en la sociedad y en la vida adulta.

Retomando los ejes analizados hasta aquí, consideramos los siguientes rasgos como más significativos para la definición de las potencialidades y dificultades para la integración social plena:

Familia: intensidad de los vínculos familiares, el rol de la familia como red de contención. Rol de los jóvenes en su hogar.

Espacio social del barrio: apropiación diferencial del espacio y distintas intensidades en los vínculos.

Educación: intensidad de las trayectorias educativas. Tipo y vínculo con la educación. Importancia y valor atribuido a la experiencia educativa.

Trabajo: intensidad de las trayectorias laborales. Grado, tipo y calidad de las inserciones.

Genero: atraviesa las anteriores dimensiones. Los condicionantes de género se expresan en los distintos modos de entender la formación, el trabajo, la familia y el espacio social del barrio.

Como se evidencia a continuación, estos jóvenes pueden caracterizarse desde una vinculación precaria con el mercado laboral y el mundo educativo (que marcaría un leve avance en la integración), hasta situaciones de mayor desconexión donde solo la familia de origen o los pares constituyen el mundo de relaciones relevantes.

- HOMBRES JÓVENES CON VÍNCULOS SOCIO-LABORALES PRECARIOS

“Yo creo que un buen trabajo, a nuestra edad no lo ves tanto, como un trabajo que puedas hacer carrera. Un trabajo que tengas perspectiva de algo más. Porque yo y todos los que estamos acá trabajamos para sobrevivir, y eso no está bueno.” (Focus 6, Agosto 2005).

Se trata de un grupo de hombres jóvenes que tienen un rol familiar de proveedor aunque no de jefe de familia y cuyo núcleo familiar de origen ofrece una contención media. Sus vínculos con el barrio tienen cierta relevancia, en particular a lo que hace a la inserción en grupos de pares. Tienen una socialización secundaria media, lograda especialmente a través de su intermitente inserción en el mundo laboral. Por otra parte, su trayectoria educativa es inconclusa, con un abandono temprano del mundo educativo (para ingresar al mundo laboral).

- MUJERES JÓVENES CON VÍNCULOS SOCIO-EDUCATIVOS PRECARIOS

"Yo con el título de Polimodal no consigo trabajo...en realidad uno consigue trabajo que no hace falta estudiar absolutamente nada... no te exigen currículum, estudios, ni nada...son cosas mas prácticas" "Porque te piden experiencia...y yo nunca había trabajado en ningún lado." (Focus 7, Junio 2006).

Es un grupo de mujeres que se caracterizan por pertenecer a familias de origen con contención media, con quienes comparten el hogar. Allí cumplen un rol doméstico de tipo secundario y, al no tener hijos, pudieron extender más su trayectoria educativa y alternar esporádicamente su rol familiar con el mundo laboral (siempre precario). Su socialización con pares es poco relevante, ya que casi no interactúan en el barrio.

- MUJERES JÓVENES MADRES EN NÚCLEO FAMILIAR PROPIO

"Mi idea era estudiar para radióloga, y después mi marido me dijo, dale, vamos a tener un hijo, vamos a tener un hijo y me terminó convenciendo, hasta el día de hoy yo le digo, si te hubiese dicho que no ya estaría con mi título, ya estaría trabajando, pero bueno, acá está, dije que sí, y bueno, ya está, ya vino, pero yo quería tener un buen título, porque no te sirve de nada." (Focus 1, Mayo 2005).

Son mujeres que pertenecen a familias de origen con contención media pero que han conformado un núcleo propio en el que cumplen el rol de amas de casa y madre. No poseen trayectorias laborales y las trayectorias educativas son inconclusas. Tampoco poseen vínculos con sus pares. En estas desconexiones cumple un rol explicativo central la aparición de la maternidad en sus vidas.

- MUJERES JÓVENES MADRES EN NÚCLEO FAMILIAR DE ORIGEN

"No, yo ahora no. Yo por ahora quiero criar a mis hijos con la ayuda de mi mamá. Si me meten la excusa de que por ellos (los chicos) no puedo salir a trabajar, menos me los van a cuidar si yo quiero estudiar. Y trabajar es algo que entraría plata a la casa, y estudiando no entra nada. Menos me dejan trabajar, menos me van a dejar estudiar." (Focus 5, Junio 2005).

Se trata de mujeres insertas en sus núcleos familiares de origen, que le ofrecen una contención media. Tienen un rol familiar de madres, más un rol doméstico secundario. No han desarrollado vínculos con el mundo laboral y la trayectoria educativa es inconclusa. También es casi inexistente su socialización con pares ya que están muy recluidas en lo doméstico.

- **HOMBRES JÓVENES VINCULADOS CON SUS PARES**

“Uno trabaja de la mañana hasta la noche y de noche cuando venís puede ser dos horas que los colegios de la zona más o menos halla horario de noche para la gente que quiere aprender, pero que pasa, al no tener trabajo, al no estar bien con tu familia, capaz que tenes un problema y ya te da pensar si vas al colegio, si vas a buscar un trabajo, o como decías vos, hoy me peleé con mi familia te vas a tomar una cerveza ya, como que tira el colegio para allá, y laburo para allá y no llegamos a nada.” (Focus 4, Agosto 2005).

Es un grupo de jóvenes hombres con núcleos de origen con una contención débil ya que están desvinculados de su familia. En cuanto a su socialización con pares, esta se da fundamentalmente en el barrio. La dimensión educativa es poco relevante en sus vidas debido a un abandono muy temprano y la trayectoria laboral es casi inexistente, ya que solo desarrollaron changas muy precarias.

Las caracterizaciones de cada uno de estos agrupamientos de jóvenes son diversas, pero es importante destacar que todos ellos se encuentran en condiciones de exclusión, con grandes dificultades para lograr su integración social plena. A partir de esta tipología, podemos denotar también que las necesidades de esta heterogénea juventud, para lograr un proceso inclusivo, son diversas; del mismo modo, deberían serlo las estrategias habilitadas por el Estado con esa finalidad.

Políticas Sociales: Miradas Juveniles, Miradas Desde El Estado

Si las formas de intervención sobre los sujetos y sus problemáticas, se vinculan necesariamente con aquellas miradas que los “construyen” teóricamente, y los conciben como integrantes de determinados colectivos, desde las políticas sociales los criterios frecuentemente empleados para efectuar estas demarcaciones, suelen manifestar una impronta con especial énfasis en los aspectos cuantificables del “ser” y el “estar”. Desde nuestra perspectiva, este abordaje resulta explicativamente limitado, en parte por la escasa relevancia asignada a las formas en que los propios sujetos se definen y definen sus necesidades. Y si nos referimos a un espacio marcado por destacada concentración territorial de desventajas sociales, e inmerso en un proceso de segregación urbana pareciera que es aun mayor la ceguera de los criterios aplicados por dichas políticas.

Los jóvenes abordados en esta investigación, con sus características de segregación antes descritas, pueden ser pensados como población objetivo del Programa Incluir tanto porque coinciden en sus características con aquellas en que ese programa había focalizado, como porque en la ejecución del mismo se desarrollaron actividades de reclutamiento en las zonas donde ellos habitan.

Sin embargo, no todos ellos pudieron o quisieron acceder a los beneficios ofrecidos por el Programa. Algunos se inscribieron y terminaron los cursos, otros se inscribieron pero no pudieron finalizar o siquiera iniciar la formación, otros no desearon inscribirse y muchos más ni siquiera se enteraron de que existía tal convocatoria. En este apartado indagaremos sobre el modo en que se dieron estos diferentes procesos, intentando comprender que condiciones los definieron y que representaciones están en juego en cada caso.

No es la intención de este artículo profundizar sobre las críticas existentes a las políticas focalizadas desde su modo de conceptualización y las lógicas subyacentes a sus planteos, pero si pretendemos detenernos a reflexionar a partir de la observación de la ejecución del Programa Incluir en un espacio barrial particular, sobre las fallas y los logros y sobre la trascendencia de los cambios que intentan efectuar sobre las condiciones desiguales en que vive esa población. Conociendo el modo en que se dio la vinculación de algunos jóvenes con el Programa y analizando que ocurrió con aquellos jóvenes en condiciones de exclusión que se mantuvieron por fuera de ese contacto, buscaremos comprender qué acerca y qué aleja a estos jóvenes de la intervención estatal. Y en los casos en que se haya establecido alguna vinculación de los jóvenes con el Programa, cuestionaremos sobre la relevancia de esta intervención en sus vidas.

El plan modelo

Hemos definido anteriormente los procesos de fragmentación interna y estigmatización que se evidencian en los barrios donde habitan estos jóvenes, sin embargo, esa ruptura de ciertos lazos para con la sociedad ampliada coexiste a su vez con un complejo entramado de vínculos institucionales provenientes del Estado y que se traducen en la múltiple interacción con diversos planes asistenciales. LA y SJ son barrios “bajo planes”, donde la intervención estatal se hace presente en forma continua, a través de las mediaciones que gestionan los referentes políticos locales.

La percepción de los jóvenes sobre las instituciones públicas es negativa, con una fuerte tendencia a englobar todo espacio institucional dentro del mundo de la política y como sistemas de corrupción e injusticia. El Estado es concebido desde una perspectiva personalista y, por lo tanto, el accionar de cada uno de los individuos que lo componen es evaluado en forma particular. De este modo la corrupción, el desinterés, la ineficiencia, al igual que la cercanía con la gente, el interés, la capacidad de trabajo son características que ellos critican o alaban en cada persona, pero que difícilmente son percibidas como aspectos propios de un sistema.

Aunque la mirada negativa es la que prima, el Estado es también pensado como motor fundamental para cambiar las condiciones de vida. Esta mirada aparece en muchos de los jóvenes asociada al regreso a un pasado idealizado en el que el Estado garantizaba trabajo y ayuda para todos, con ciertas expectativas de que se generen espacios de inclusión, particularmente laborales, y de que la ayuda estatal llegue a quienes “legítimamente” la necesitan; también se espera que el Estado ejerza un proceso de control fuerte sobre lo que ocurre en sus vidas y en su entorno social: que se cumpla con la contraprestación, que los chicos asistan a clases, que la plata se use para lo que se dispuso.

La mirada negativa sobre los planes de asistencia, imperante aun entre quienes usufructúan de ellos, se relaciona principalmente con que su distribución se desarrolla por carriles que ellos reconocen como corruptos y a partir de estructuras clientelares. Un buen programa de asistencia debería ser para estos jóvenes, más justo y más limpio en su asignación, siendo la necesidad y el merecimiento los principales parámetros para otorgarlos.

Por estas mismas razones, el Incluir es identificado por ellos como un “plan modelo”, que cumple con las condiciones que ellos destacan como primordiales: no se lo identifica con un sistema clientelar, ofrecen algo concreto que la gente necesita y no dinero y lo que da se convierte en un capital del que el beneficiado puede apropiarse.

En particular aquellos jóvenes de LA y SJ que recibieron la oferta de capacitación del Programa incluir se sintieron interpelados e ilusionados. Valoraron positivamente que no se les ofreciera sólo ayuda material, sino también bienes simbólicos en la forma de un capital que los “mejora”. La posibilidad de acceder a un empleo de calidad, promesa que muchos suponen que existe detrás de la propuesta, se inscribe como uno de esos bienes con potencial emancipatorio. Estos jóvenes muestran verdadera avidez por aprovechar oportunidades y generar así nuevos recursos que les facilite posicionarse para el mercado laboral y para la

vida. Además, nos relatan ilusionados que tener algo para hacer o una excusa para salir de la casa, no es para ellos poca cosa.

La satisfacción que genera el sentirse considerados por la existencia de un plan que está destinado a ellos, “los jóvenes” no es un aspecto poco destacado. Sienten que el Incluir los convoca, apela a ellos como jóvenes, lo que se destaca especialmente dado que ellos poseen la percepción negativa de que el mundo no les ofrece nada.

Sin embargo, ese entusiasmo inicial, las representaciones positivas y esperanzadas sobre las potencialidades de la propuesta de participación en el Incluir, se desmoronaron rápidamente para aquellos que se introdujeron en el proyecto, dejando paso a una sensación de apatía y descreimiento generalizada.

Explican este proceso, algunas de las limitaciones y desgastes que el propio programa generó, más los condicionantes simbólicos y objetivos propios de las vidas de estos jóvenes.

Entre el propio mundo de vida y una propuesta de intervención: ¿Distancia insalvable?

Desde otras aproximaciones, cuyos resultados se exponen en este libro, se evidencian las limitaciones de la perspectiva focalizada en las políticas públicas, pero en este trabajo pretendemos centrarnos en la mirada de los jóvenes sobre el desarrollo de tal proceso y el modo en que se dan vinculaciones y desconexiones.

En una primera mirada más general podemos distinguir tres formas claramente diferenciables de llegada del Programa Incluir al mundo juvenil:

En primer lugar, algunos de los jóvenes no se enteraron de la existencia de la oferta de cursos de oficios, ya que no accedían cotidianamente a los espacios que se utilizaron para difundir la propuesta (la escuela secundaria, los nodos de circulación del Municipio o las oficinas de ofertas de pasantías).

Frente al fracaso de la propaganda oficial, mostraron ser mucho más eficaces los circuitos de asistencia ya establecidos; por lo que era más probable saber de la existencia del Incluir para aquellos que estuvieran recibiendo algún otro plan, ya que esto facilitaba que ellos o algún integrante de su núcleo familiar se contactara con los espacios y las personas a cargo del Programa. Sin embargo, esta vinculación no fue condición suficiente, ya que el acceso a estos circuitos de asistencia actúa a su vez generando una tipificación que luego funciona determinando restrictivamente los potenciales beneficiarios de cada oferta de asistencia. Por

ejemplo, un joven que accedió a un programa de rehabilitación para la drogadicción difícilmente reciba la oferta de inscribirse en cursos de formación.

En segundo lugar, podemos identificar a aquellos jóvenes que habiendo conocido la propuesta no efectivizaron la inscripción. Otras obligaciones y necesidades se impusieron, como la necesidad de priorizar la potencial aparición de changas, o la necesidad de cumplir tareas domésticas que no pueden delegarse.

En otros casos, la no participación es explicada por una falta de afinidad con la propuesta, ya que algunos de estos jóvenes estaban convencidos de no poder con lo que se les ofrecía. Se evidenciaba cierta interiorización de los condicionantes objetivos, que los lleva a percibirse como alejados de estas opciones y les dificulta aspirar a espacios físicos e institucionales, bienes y posiciones sociales más inclusivas. Están persuadidos de que “no es para ellos”, del mismo modo que no se sienten posibilitados de acceder a una buena educación y a empleos de calidad. Están convencidos de no tener las condiciones para aspirar a tal formación, aun cuando existe el anhelo de obtenerla.

Una tercera forma de vínculo es la que se estableció con los jóvenes que si concretaron la inscripción. Sin embargo, estos jóvenes pasan del entusiasmo inicial a un proceso de desgaste y frustración en el transcurso de la espera y desarrollo de los cursos, que no cumplieron con los términos y los objetivos propuestos inicialmente.

Las demoras en el inicio de los cursos se destacan como generadoras de confusión y desgano. Los mismos que en un primer momento se vieron interesados, al ser nuevamente contactados meses más tarde ya no estaban dispuestos a cursar. Algunos, desde una actitud más activa, manifestaron que no podían quedarse esperando tanto tiempo, por lo que continuaron buscando otras posibilidades de inserción laboral o educativa, que en muchos casos implicaron que al inicio de la cursada estuvieran realizando alguna changa o empleo precario que les imposibilitara incorporarse a la propuesta

Otros jóvenes, con una disposición menos activa, nos relataron que el proceso prolongado de espera se sumó a sus temores de no poder enfrentar el desafío de formarse y la apatía provocada por las bajas expectativas acerca de cambiar algo en sus vidas a partir de esa formación. Esto definió que, aunque en el inicio desearan inscribirse, con el paso del tiempo dejaran pasar la oportunidad. También cierto incentivo o presión familiar para que estos jóvenes se sumaran a la propuesta de formación, fue decayendo en la prolongación de la espera.

Fueron pocos los jóvenes de este tercer grupo que luego de inscribirse comenzaron a cursar, pero también ellos que iniciaron los cursos remarcan diversas situaciones por las que terminaron dejándolos: las promesas incumplidas de guarderías para las jóvenes madres; la falta de asesoramiento al momento de elegir que minaba la posibilidad de que el curso iniciado estuviera acorde a las posibilidades e intereses de los jóvenes²⁵; la definición arbitraria de cupos que llevaba a que los jóvenes terminaran iniciando cursos que no les interesaban; los problemas organizativos (falta de materiales necesarios para aprender, lugares de cursada muy lejos de los barrios, incumplimiento de pago del viático, etc).

A algunas de las explicaciones del abandono de los cursos se le suman también eventos fortuitos (conflictos familiares, enfermedades, robos, nacimientos, mudanzas, etc.), el mismo tipo de justificaciones que ellos esgrimían para argumentar el corte con la educación formal. Los argumentos condicionales son una constante: “si hubiera sido más cerca”, “si no me hubiera enfermado”, “si me hubieran anotado en el que yo quería”, “si hubieran puesto una guardería”. En definitiva, más allá de todas las justificaciones concretas, los jóvenes asumen cierta responsabilidad por no haber podido desarrollar la cursada. Perciben que aunque hay críticas para hacer a la organización del Programa, a ellos se les dio una gran oportunidad y no supieron aprovecharla. Se sienten desvalorizados por no haber podido sobreponerse a ciertos escollos y haber obtenido así el diploma que se les prometía. Ellos valoraban que se los convocara desde el Programa para “mejorar sus vidas” y manifestaban deseos de asumir una actitud activa frente a eso, pero encontraron dificultades para sostenerlo en el tiempo. Aquello que desde otras condiciones de vida podría pensarse como pequeños obstáculos fácilmente salvables, son para ellos verdaderas barreras que los abaten.

Como resultado de este proceso, ninguno de los jóvenes que integraron nuestra muestra logró finalizar los talleres, a pesar de que fueron muchos los que manifestaban interés, deseo y necesidad.

En este sentido, podemos afirmar que la falta de profundización sobre la condición heterogénea del grupo socialmente definido como juventud, generó efectos contundentes en la posibilidad de efectivizar el acceso a los beneficios de esta política de los jóvenes más

²⁵ Cada joven debía marcar dos alternativas de las cuales se le asignaría solo una. No solo no se les ofreció orientación vocacional o recomendación sobre los conocimientos previos indispensables para cada curso, sino que ni siquiera había un programa o una breve definición de en que consistían; solo tenían un título, por lo general impreciso, en el que basar la elección (Asistente de Turismo, Asistente de Gastronomía, Barman, Ayudante de Panadería, Control y automatización industrial, Computación, etc.) Por lo tanto, los jóvenes definieron su elección por gustos, anhelos y representaciones acerca de ciertos oficios, que mostraron tener poco que ver con lo que realmente se le ofrecía.

vulnerables. Como detallamos anteriormente, las dimensiones de clase, género y culturales, mostraron ser de gran relevancia para comprender estas desconexiones.

Analizaremos a continuación algunas de las especificidades que cada una de las trayectorias típicas descritas presentan, en cuanto al modo en que este Programa impacta positiva o negativamente en sus vidas o, por el contrario, no logra tener repercusión:

- **HOMBRES JÓVENES CON VÍNCULOS SOCIO-LABORALES PRECARIOS**

“¿Para aprender el oficio sería?... si, claro [que iría]... mucha gente iría./ Y, los cursos que yo conozco todos se pagan, así gratis no te ofrecen nada...” (Focus 6, Agosto 2005).

“Yo no puedo, me gustaría siempre quise aprender para dedicarme a algo de autos, pero si estoy con changas no voy a ir es así”. (Juan, Abril 2005).

En muchos casos ellos no se enteran de la existencia del programa, ya que no accedían cotidianamente a los espacios que se utilizaron para difundir la propuesta: escuelas, mesas de pasantías y manzaneras del barrio. O en otros casos se enteraron, pero la propuesta no les resulta compatible con las changas que se imponen desde el rol de proveedor.

- **MUJERES JÓVENES CON VINCULOS SOCIO-EDUCATIVOS PRECARIOS**

“Yo me había anotado en el secretariado jurídico y me mandaron a hotelería...nada que ver...(risas) Fui un mes, de ese mes, tres semanas estuvimos sin el material didáctico y después no me gustó. Aparte se me complicaba demasiado, no se entendía, y de viático me pagaban 1,50 que nunca llegué a cobrarlo. Este...así que era más que justo era al mediodía y yo a la una ya tenía que estar allá así que algo para comer me tenía que comprar, entonces se me complicaba el tema plata y todo.” (Focus 7, Junio 2006).

“A mi me dieron el de hotelería y a mi no me gustaba para nada....ni me preguntaron. Encima no tenían material didáctico así que no hacíamos un cuerno...y era así como una casa, hacía un frío que me moría, un frío! Esas casa de techos altos....” (Focus 7, Junio 2006).

Estas jóvenes se inscribieron y se frustraron: por la espera, por la lejanía de los lugares de cursada, porque no tenían para los viáticos, porque no era el curso que habían elegido. Algunas iniciaron los cursos, pero les resultó demasiado complejo para su formación previa. Se mostraron interesadas en un tipo de curso que luego no podían llegar a concluir.

- **MUJERES JÓVENES MADRES EN NUCLEO FAMILIAR PROPIO**

“Vivo con mi nene y mi marido. Estaba haciendo un curso de manualidades, pero no pude seguir. De hacer muchas cosas tengo ganas. Hacer fotografía viste, que estaba ahí en Morón. Pero está muy caro. También tenía ganas de hacer... quiero hacer muchas cosas. Yo llegué hasta el 8°

grado. Yo quería salir a trabajar pero no me dejan, mi marido no quiere que salga a trabajar. Y hay muchas cosas que yo quiero hacer.” (Focus 5, Junio 2005).

“Trabaja mi marido. Y no puedo hacer lo que yo quiera porque tengo el nene. Lo que quería estudiar era peluquería.” (Focus 5, Junio 2005).

Ellas rechazaron los cursos ya que las obligaciones del hogar y los hijos no pueden ser delegadas o sus parejas no quieren que estudien.

- MUJERES JÓVENES MADRES EN NUCLEO FAMILIAR DE ORIGEN

“Estaba bueno, lo que pasa es que el viático no te daban lo que gastabas y yo ya no pude, tenía que sacar de mi plata y con los pañales y todo, ya no pude...” (Focus 7, Junio 2006).

“Yo...era muy lejos, no encontraba la calle, queda en Morón pero no sé, para otro lado...no viste para el lado común que vos vas siempre, para el otro lado quedaba... Un día con mi amiga quedábamos siempre en ir, pero nunca arrancábamos, quedábamos, pero no arrancamos nunca. Aparte ponete una semana mi hija se enfermaba...o que le pasaba esto...y yo estaba más preocupada por mi hija que ir al curso.” (Focus 7, Junio 2006).

“El lugar, tendría que ser más cerca. Y decían que había guardería y no había guardería para dejar a la nena.../ Una chica fue con su hijo y le dijeron que no lo lleve más porque cuando tenía que practicar no podía. Nos dijeron que había guardería y no...era mentira. Donde yo estaba no había guardería, así que yo tenía que dejar la nena, tardaba cuatro horas, la nena era chiquita así que mis tetas estaban así de leche.” (Focus 7, Junio 2006).

Estas mujeres se inscribieron pero se frustraron antes de empezar o en las primeras semanas. El incumplimiento de la promesa de guarderías implicó una barrera fundamental ya que en sus hogares no cuentan con asistencia para el cuidado de los hijos, en particular si el tiempo fuera de la casa no redundaba en un ingreso directo.

- HOMBRE JÓVENES VINCULADOS CON SUS PARES

“[Los cursos]...interesante, interesa pero a veces a uno le cuesta levantarse a la mañanaCinco hora además tenes que estar, no nos da para eso”. (Focus 6, Agosto 2005).

No se enteran o si lo hacen piensan que esos cursos no son para ellos. Creen no poseer las capacidades.

Consideraciones finales

A partir de los distintos aspectos analizados en este trabajo, ha sido posible profundizar el diagnóstico de las particulares condiciones de exclusión social que afectan a los jóvenes considerados población objetivo de diversos programas sociales. Se han establecido y sistematizado varios puntos centrales en ese sentido, que nos han permitido visualizar y comprender el entramado de condicionantes socio-residenciales, de clase y género que definen los procesos de transición juvenil.

A partir del análisis de las trayectorias de estos jóvenes, se evidencia el resquebrajamiento de los mecanismos de pasaje entre el mundo educativo y el laboral. La educación a la que la mayoría de estos jóvenes han accedido es discontinua y de baja calidad y sus trayectorias reflejan el debilitamiento de los vínculos con el mercado de empleo, mostrando un total alejamiento de los parámetros de las características del mercado laboral formal.

Esta situación educativa precaria y el aislamiento con respecto al mercado de trabajo, se contextualiza a su vez en un ámbito barrial que concentra gran número de desventajas que profundizan el alejamiento de una situación de integración social plena, dejando a estos jóvenes con un reducido número de contactos sociales y de ámbitos de participación y limitando significativamente sus probabilidades de conseguir un empleo, de ampliar sus estrategias de vida y de abrir horizontes de movilidad social.

A su vez, en estos procesos de pasaje, la familia, como núcleo de contención primario, define situaciones de origen de destacada vulnerabilidad y, aun en aquellos casos en que se presenta como un espacio de contención y resguardo, no ofrece potencialidades para facilitar procesos inclusivos.

Este panorama, descrito aquí en su generalidad, asume diversas modalidades y complejidades en las trayectorias de vida de cada joven, que presentan vulnerabilidades y potencialidades distintas según el modo en que estas condiciones se conjuguen en cada caso.

Estas evidencias sugieren la conveniencia de investigar más a fondo la relación entre los diversos procesos que parecen estar afectando a este grupo de jóvenes en particular y las repercusiones presentes y futuras de estos itinerarios alejados de la inclusión social plena.

El programa Incluir, en su carácter focalizado, no pareciera haber dado cuenta de este universo complejo que se proponía enfrentar. En ese sentido, la dimensión etaria junto con

otros factores como la clase, el género y la caracterización cultural, marcaron la existencia de un abanico amplio de desconexiones de los jóvenes con los Programas que pretenden asistirlos.

De la distinción realizada en torno a las modalidades que asumió la implementación del Programa Incluir en los barrios LA y SJ es necesario destacar que muchos jóvenes quedaron al margen de la iniciativas, ya sea porque no sentirse interpelados o por la falta de acceso a los circuitos y a las redes de información. Tampoco el entusiasmo inicial, las representaciones positivas y esperanzadas sobre las potencialidades de la propuesta de participación en el Incluir, bastaron para sostener el proceso. En estos jóvenes, cuya cotidianidad se encuentra signada por la incertidumbre y la dificultad de proyectar a futuro, la apatía y descreimiento resurgen tras cada decepción más intensamente.

En definitiva, se evidencia la existencia de una brecha entre la manera en que estos jóvenes son definidos e interpelados desde el Incluir, y sus propias percepciones y condiciones reales de existencia, que ha resultado en el caso del Incluir infranqueable y excluyente.

El programa en su intento de incidir sobre los procesos de desconexión de los jóvenes con el mundo laboral y educativo, pareciera asumir una perspectiva que considera que la clave de la inclusión está en proveer a los jóvenes de los recursos que “les faltan” para poder insertarse. De este modo, pareciera no reconocer en su constitución inicial la desigualdad de la estructura social y por lo tanto que la exclusión es producto de condicionamientos socioestructurales que a su vez aparecen inscriptos en las acciones y representaciones de los jóvenes.

En definitiva, fueron las mismas condiciones de exclusión de los jóvenes -que se suponía que el programa intentaba paliar en cierta medida- las que los dejaron por fuera de esta propuesta de intervención²⁶. Se manifiesta como impedimento para la llegada del Programa, la misma brecha estructural que determina la exclusión laboral y educativa de los jóvenes y que no logró ser superada en la implementación del Incluir.

En un contexto donde la falta de mecanismos estructurales de integración social persiste, los modelos de intervención “acotados” tienen evidentes limitaciones, produciendo incluso efectos indeseados, reforzando situaciones de vulnerabilidad y exclusión material y simbólica.

²⁶ Consideramos que las limitaciones descriptas, inherentes al diseño y a la implementación de esta política tuvieron efectos concretos, que provocaron que el programa incluyera principalmente a grupos de jóvenes con mejores niveles educativos y ocupacionales, y dejara afuera, ya sea en la convocatoria inicial o en las etapas de desgaste intermedias, a aquellos jóvenes en condiciones más vulnerables hacia los cuales estaba originalmente dirigida, y entre ellos, mayoritariamente a jóvenes residentes en estos espacios segregados.

En definitiva, sigue abierto el desafío de conformar circuitos de inclusión social en los cuales los jóvenes puedan participar plenamente en tanto sujetos sociales. Pero para avanzar en este sentido, será necesario comenzar a profundizar en los efectos sociales de las crecientes desigualdades socioeconómicas y simbólicas sobre los procesos de transición juvenil y sus implicancias en el posicionamiento de estos jóvenes en la estructura social. Abriendo también la reflexión sobre cuál será el futuro próximo de estas generaciones y de sus descendientes, igual o mayormente enfrentados a ambientes institucionales, familiares y barriales de exclusión.